

El campamento como medio educativo

Los campamentos de verano han sufrido muchas transformaciones en los últimos años, tantas como para permitirnos estar en el convencimiento de su vital utilidad para los/as niños/as, adolescentes y jóvenes monitores/as en su proceso vivencial, de crecimiento y maduración respectivos. Por ello nos gusta ponerle apellidos, el de educativos, porque estamos convencidos de que en un clima propicio de afectos y al aire libre se pueden conseguir muchos de los objetivos pedagógicos que son impensables en la enseñanza reglada. Apostamos por una metodología diferente, rabiosamente divertida, y comprometida con nuestras comunes señas de identidad. Una metodología que nos distancie de otras actividades similares concebidas como meros espacios de entretenimiento o socorridos “aparcaderos” de niños y niñas. Una manera de hacer y actuar donde la palabra, el juego y la imaginación cobren determinante sentido como imprescindibles herramientas de trabajo y comprometan e impliquen por igual a educando y educador.

Palabras clave: Lúdico, educativo, juego, campamento, metodología

Introducción: La educación y el juego

Cada vez con más frecuencia se va incorporando la idea de los vínculos entre lo que sería del ámbito lúdico y los aspectos estrictamente educativos. No parece sensato en la actualidad el pensar que lo lúdico no tiene un importante componente educativo. Bien sabemos que el ser humano comienza su aprendizaje en el juego que establece con el medio, aspecto por otra parte que es común en otras especies animales, sobre todo en las más evolucionadas, aunque no es infrecuente el observar en algún tipo de aves, por ejemplo, el mismo comportamiento. Este aspecto es compartido por todas las disciplinas comprometidas en el proceso evolutivo-educativo del ser humano. Tanto las teorías de lo radicalmente cognitivo, como las disciplinas dinámicas, la epistemología genética de Piaget, o todas las ciencias de la pedagogía moderna, nos hablan de cómo el juego estructura la mente del niño en los distintos momentos de la evolución, tanto en el área del conocimiento como en el del afecto o el de las emociones. Pareciera que el consenso está representado por la idea de que lo que se juega se aprende. Pero por extrañas cábalas, probablemente de índole social o social-económico, hay un momento en el desarrollo en que este vínculo entre lo lúdico y lo educativo se rompe y empieza un tipo de enseñanza mucho más desarrollada en su aspecto formal, con estructuras alejadas del juego y que sólo responden a la formación parcializada del aprendizaje del sujeto. Lo que hasta un momento era válido entre el juego y el aprendizaje, se quiebra bajo la forma de la escolarización. Bien cierto es que han cambiado algunas cosas y no nos encontramos, en la mayoría de las veces, con formas victorianas de educación, pero la realidad nos muestra la paradoja de que si, en la actualidad, una persona que vivió hace quinientos ó mil años resucitara, con toda seguridad donde no encontraría aspectos diferentes sería si reapareciera en

un aula de un colegio o de una facultad. En cualquier otro ámbito sería absolutamente impactante, no sólo por la evolución tecnológica o las diferentes modas o maneras, sino por la propia concepción de las cosas: el tiempo, el espacio, las costumbres, la moral, la ciencia, la religión, han visto absolutamente modificados sus ejes, tanto de transmisión como de la propia estructura. Si un hombre del siglo X pudiera volver a la vida, en sus formas actuales, sufriría un impacto posiblemente mucho mayor que si un hombre de hoy pudiera toparse con los usos y costumbres de una civilización extraterrestre. La única excepción sería si pudiera reaparecer dentro de cualquier aula de cualquier colegio de hoy, excluyendo, por supuesto, los avances tecnológicos (me refiero a la luz eléctrica, la calefacción, las vestimentas, etc.).

La enseñanza reglada a partir de la edad escolar (concepto que ya en sí mismo está alejado de lo lúdico) rompe con lo que venía siendo la costumbre familiar y social con niños y niñas, de entender que la manera de sostener un aprendizaje siempre establece un vínculo entre el juego y lo educativo. Esto nos lleva a radicalizar un poco nuestra concepción, al punto de pretender no sólo que lo lúdico sea educativo, sino que lo educativo sea lúdico. Un aprendizaje en cualquiera de las áreas del conocimiento o de la experiencia, se multiplica hasta el infinito si es divertido.

El campamento como espacio de aprendizaje

Nuestra alternativa a lo anteriormente dicho, es la defensa de lo que hemos dado en llamar campamentos educativos, campamentos con nombre y apellido. El apellido, indisolublemente unido al nombre, parte de la radicalización de conceptos que podrían ser determinantes en los procesos educativos generales, no sólo en los llamados de ocio y tiempo libre, como en el caso de los campamentos.

No defendemos solamente el concepto de que una cosa lúdica entraña una educación, que ya es bien sabido, defendemos que el proceso educativo ha de ser rabiosamente divertido. Los campamentos educativos pretenden justamente esta alianza (perturbada y pervertida en un momento de la vida), entre lo lúdico, la diversión, el juego y el proceso educativo. El tiempo, si no es libre, en la educación, no es tiempo. No se trata de divertir los tiempos de ocio, se trata de utilizar el juego, todos los aspectos lúdicos y divertidos en el proceso de aprendizaje, en la enseñanza. Cuando un niño o niña aprende en un campamento a hablar en público, ante sus iguales, a sostener un discurso, sea cual sea este, en un fuego de campamento, seguramente ha significado un aprendizaje de la misma importancia que cuando aprende a despejar una incógnita en una ecuación. Ha aprendido a transmitir un concepto, una emoción, o un cúmulo de sensaciones, pero lo ha hecho con un método que implica la aparición de un interés que emana del juego, de la diversión. Su implicación en ese aprendizaje es mucho mayor que la que sostiene en una labor pasiva intelectualizada o racionalizada, en la que nada le ata, ni en su participación, ni en su concepción, ni en su creación.

Lo verdaderamente curioso e interesante es que la mayor parte de los procesos de formación, en cualquiera de las áreas que un muchacho/a pueda estudiar en sus años escolares, tienen mucho más que ver con las cotidianidades de la vida, que lo que señalaba anteriormente como actividades de un campamento, como la de hablar en público, orientarse, saber protegerse de la lluvia o del frío, apañarse sin la ayuda de los padres, construirse un vivac, mirar las estrellas como si fueran mapas, tirarse por una tirolina, participar

con los compañeros en la creación de una representación, saber qué madera es para un fuego y cuál es para una construcción, amarrar dos cosas que sean después fácilmente desatables, hacer un puente o una escala, seguir una pista de señales de rastreo, usar correctamente un saco de dormir, aprender a caminar con lo necesario, eliminando lo superfluo para evitar el exceso de carga, hacer bien una mochila y un larguísimo etc, son cuestiones frecuentemente inusuales en la juventud actual, sobre todo de ciudad. Pero despejar incógnitas, utilizar el lenguaje, saber del sitio en donde vives y de fuera, conocer los antecedentes tanto personales como sociales, ver leyes físicas inexorables, o conocer de qué están hechas las cosas que nos rodean, es algo completamente usual, cotidiano, al alcance de cualquier mortal, adolescente o adulto, lo que significa entrar en el mundo de las asignaturas regladas de la matemática, la lengua, la geografía, la historia, la física y la química. ¿Cómo es posible que algo tan cotidiano, tan usual, sea de tan difícil aprendizaje?

Un campamento es una experiencia educativa de primer orden, pero con algunas características particulares. La primera es que está limitada en un corto periodo de tiempo. Además carece de un seguimiento posterior a largo plazo, está separada y aislada de experiencias similares, no tiene profesores a la usanza tradicional, se desarrolla normalmente en un medio desconocido y más hostil que el cotidiano. Tiene, por otra parte, características que hacen que el sujeto esté más comprometido con esa experiencia, dado que es algo que normalmente eligen los propios/as chicos/as, están fuera del dominio y la normativa estrictamente familiar, el nivel de tolerancia a las cosas, por otra parte propia de la adolescencia, es mayor, dado que hay normas de carácter general adecuadas a un tipo de convivencia de mayores responsabilidades que en el ámbito doméstico, se vive fuera de la obligatoriedad reglada particular de cada familia, hay una serie de normas, muchas de ellas pactadas por un acuerdo de convención y de facilitación social, no hay exámenes, los horarios tienen que ver con la posibilidad de realizar muchas más cosas; respetando el lógico descanso, las actividades son, como hemos dicho, inusuales, se favorece el contacto y el intercambio entre ellos, se fomenta de manera clara la creatividad, se pondera la originalidad y la diversidad, se respeta y se potencia el hecho diferencial, se mezclan los más variados aspectos y actividades en la vida campamental: aire libre, deportes, juegos de habilidades, talleres activos de todo tipo, salidas fuera del campamento, vivaqueos... Otra de las características que determinan la eficacia del aprendizaje en la vivencia de un campamento estriba en el hecho singular de que se aprovechan todos los agentes educativos existentes, así como todos los recursos didácticos que puedan favorecer una mayor eficacia en la adquisición de los objetivos que se marcan; son agentes educativos, desde el monitor/a hasta el especialista de alguna actividad, pasando por personal de servicio o no vinculado directamente al seguimiento de los chicos y chicas: personal de cocina, administrativos, personas invitadas, encargados del mantenimiento de la instalación y los propios acampados que, en la transmisión de algún tipo de conocimiento o habilidad, realizan una labor educativa muy importante.

En lo referente a los recursos didácticos, se cuenta desde el propio medio al aire libre hasta con todos los que la propia instalación tenga a su alcance: una tienda de campaña puede ser desde un castillo hasta un laboratorio, y una campa puede ser desde una pista deportiva hasta un lugar donde se realizan justas y torneos medievales.

En definitiva, como se podrá seguir en la exposición, de lo que se trata es de incorporar el sentido lúdico y de diversión a todo lo que se realiza en un campamento, desde la higiene personal, pasando por el cuidado y mantenimiento de su hábitat temporal, hasta la hora de irse a dormir.

Por último, uno de los aspectos igualmente relevantes en la eficacia educativa de un campamento, es el hecho de que se aprovecha la propia experiencia del sujeto, sea de las características que sea, así como sus rasgos de personalidad. Cada uno de los acampados y acampadas puede saber algo que puede a su vez transmitir, enseñar a otros: desde sus habilidades a su humor, desde su locuacidad hasta su capacidad de organización, desde sus vivencias a sus conocimientos.

El hecho de que el tipo de campamentos por el que abogamos tenga nombre y apellido -“campamentos educativos”-, tiene que ver con la particularidad de desvelar la redundancia de los dos términos, reforzando ambos. Bien sabemos que el término campamento va indisolublemente unido al término educativo, porque de no ser así flaco favor haríamos a los chicos y las chicas en primer lugar, a la comunidad familiar en segundo, y a nosotros mismos en tercero, pero dado que en los últimos tiempos la oferta campamental pareciera destinada a una suerte de “aparcadero de niños/as, más o menos divertido”, rescatamos el término campamento, por hacer referencia a un modelo de aprendizaje al aire libre, temporal y de acogida de una serie de personas en torno a un programa de actividades. Nos alejamos de cuantas connotaciones marciales pudiera haber tenido el término a lo largo de nuestra historia más reciente, pero reivindicamos justamente el término de acampar, de acampada, donde diferentes personas se agrupan temporalmente, para darse mutuamente apoyo. Incorporamos lo que hemos dado en llamar el apellido, “educativo”, justamente porque no queremos situarnos en el concepto de aparcadero, ni activista, en el que el reclamo de una serie de actividades estelares pareciera ser el objetivo. Nuestra posición, tiene que ver con el hecho que señalábamos al principio, de utilizar lo lúdico, el juego como metodología para la consecución de una labor educativa, en torno a una serie de objetivos, y utilizar todo lo que pueda constituir el universo de lo educativo, como una manera de divertirse. Nuestra experiencia, con actividades realizadas bajo esta égida, así lo confirma en los últimos 20 años de campamentos de esta naturaleza.

Diferencias entre una actividad lúdica en el aire libre y un campamento de verano

Después de un largo recorrido en el mundo de los campamentos, de haber sido parte activa en su transformación, paralela a la de la sociedad española, cada vez nos parece más oportuno incluir esta actividad como un apartado más del currículum escolar de niños/as y jóvenes en tanto en cuanto supone un escalón más en esa gradual separación del núcleo familiar en el tiempo y la distancia que toda persona experimenta a lo largo de su vida. Pero vayamos al principio de esta idea:

Desde que nacemos hasta que morimos (la “separación” definitiva), vamos transitando por una escala de separaciones cada vez más largas en el tiempo y la distancia: salimos del cuerpo de nuestra madre (primera separación), de alimentarnos de su pecho pasamos a una alimentación que ya nada tiene que ver con aquel contacto corporal, comenzamos a gatear, luego a caminar, luego nos llevan a la guardería, luego al colegio, luego vamos - algunos- a la

universidad (antes, los varones, al servicio militar) y, finalmente, nos independizamos del núcleo familiar que nos cobija hasta que esta *penúltima* separación se produce.

Pues bien, hay quienes pensamos que en este recorrido vivencial existe una laguna importante que interrumpe y fractura la gradualidad de esa secuencia. Según esta idea, desde nuestra incorporación al ámbito escolar, hasta que vamos a la universidad -cuando es fuera de nuestra localidad, por eso antes hacía la alusión a la “*mili*”, o se produce directamente la emancipación, hay un espacio demasiado largo de nuestra vida en el que apenas hay variación de tiempo y de distancia en lo que deberían ser esas graduales separaciones.

Este hecho, por sí sólo, daría más sentido del que pensamos a la existencia de los campamentos de verano trascendiendo de la mera actividad lúdica; parece la pieza adecuada que falta en ese puzzle secuencial que conformaría una equilibrada y progresiva independencia de nuestras vidas: un lugar suficientemente distante de nuestra localidad, una separación total de nuestro ámbito familiar y un período de tiempo que introduzca un escalón más durante nuestra edad escolar (una semana, diez días, quince, un mes...).

Estas características marcan la diferencia ya de partida con otras actividades lúdicas al aire libre y darían una de las respuesta válidas a nuestra primera pregunta ¿Por qué un campamento de verano?

Empezaremos por recordar que la palabra “campamento”, en este país, aunque fuera acompañada de distintos adjetivos (juvenil, escolar, parroquial, etc.), llevaba incorporado un inevitable significado casi más militar del que le concede el diccionario de la real academia española en dos de sus posibles acepciones. Aun hoy es frecuente escuchar, entre las razones que esgrimen no pocos padres por las que envían a sus hijos e hijas a un campamento, algunas como: “*Para que se endurezca un poco*”, “*para que espabile*”, “*para que coma de todo*”... Suenan muy parecidas a las que escuchábamos aquellos que cumplimos el servicio militar.

No fue tarea fácil recuperar el término para lo meramente educacional y/o vacacional y despojarlo de su connotación meramente disciplinar y excesivamente jerarquizada, cometido para el que aquí estamos invitados.

Por otra parte, y atendiendo a otros de los posibles riesgos a los que se enfrenta cualquiera que acomete esta actividad, ¿cómo conseguir realizar campamentos sin sucumbir a lo comercialmente activista o, aún peor, a la tentación adoctrinadora?

Un campamento debería servir para que sus participantes continuaran su proceso de desarrollo tanto afectivo como intelectual y motórico, a ser posible equilibradamente, sin poner especial énfasis en los conocimientos (técnico-laborales, de idiomas...) o en el cuerpo (campamentos únicamente deportivos). Huelga decir que elegimos decir campamentos educativos DE VERANO, además de por las obvias bondades climatológicas, porque es el período vacacional lo suficientemente largo para la temporalidad que exige la actividad que defendemos.

Un/a niño/a, un adolescente, no paran de aprender de lo que les rodea en vacaciones. Es más, es en el período de las vacaciones de verano, después del ritmo impuesto durante todo el año por el estudio, cuando pueden estar más despiertos a otros aprendizajes inabordables en la enseñanza reglada.

Este aprender al aire libre, lejos de casa y junto a otros muchos chicos y chicas de su edad viene a aumentar su capacidad de aprendizaje, viene a ampliar el marco ambiental donde cabeza, corazón y cuerpo pueden caminar simultáneamente.

El marco ideal en el que ubicamos el campamento del que hablamos, contiene participantes de distintas procedencias geográficas, distintas condiciones socioeconómicas, distintas culturas y diferentes edades, además de un espacio al aire libre acondicionado y suficientemente dotado para ello, es decir, la suma de más estímulos para esos “nuevos” aprendizajes.

Ejercitar la capacidad de observación de otras peculiaridades en los demás, la capacidad de escucha, aprender a tomar decisiones sin la supervisión familiar, manejar en un tiempo más amplio el dinero de bolsillo que posee, comprobar algunos fenómenos naturales en directo -no en los libros-, practicar el compañerismo y respetar la intimidad, entre otras, son razones suficientemente poderosas para valorar la acción pedagógica de un campamento correctamente planteado. Un campamento al que nos atrevemos a llamar educativo.

La importancia de este valor pedagógico nos lleva irremediablemente a pensar que sólo profesionales de la esfera de la educación y la salud, expertos en asuntos infantiles y juveniles son quienes pueden y deben gobernar este campamento. En los tiempos que corren, cuando más importancia damos a una buena salud, una educación de calidad, no podemos reducir el campamento de verano a un mero lugar de entretenimiento o un socorrido aparcadero de niños y niñas dirigidos por voluntariosos/as amateurs.

Progresivamente, atentos a las transformaciones sociales y tecnológicas, han de irse incorporando nuevos recursos didácticos, pero sin hacer de ellos lo fundamental, pues sólo son eso: recursos, medios. Contemplamos frecuentemente cómo se valoran campamentos en función de la gama de recursos de que disponen, como si fueran parques de atracciones, carentes de programas educativos, de la mínima teoría pedagógica, para acabar por conducir a sus participantes a una constatada desilusión, pues todos esos recursos, por espectaculares que sean, carecen de “alma”, de afecto.

Y para hablar de “alma” y afectos, dirigimos nuestra mirada a un elemento diferenciador de capital importancia que tiene que ver con las señas de identidad grupal. Una actividad grupal nace de manera natural, por una necesidad de ese grupo, es imposible dotar de animación -en su sentido etimológico- a un grupo desde el plano meramente teórico, de arriba a abajo, son los propios grupos quienes se abren paso por su propia voluntad, por todo aquello que les une: sus señas de identidad. Y es por ello que así, desde su génesis, defendemos la existencia entre los componentes de cualquier grupo de un mínimo vínculo afectivo que permita facilitar la tarea que se persigue si este grupo nace para la realización de un campamento educativo.

En sentido contrario, observamos con frecuencia un buen número de campamentos organizados, con la mejor de las intenciones, por distintas instituciones públicas. Se lo encargan al funcionario de turno, del que depende esa sección, y se contrata a un grupo de monitores/as que normalmente ni se conocen entre sí y cuyas señas de identidad grupal, por tanto, no existen de partida. Lo normal, en este tipo de actividades, es que cada uno intente hacer lo mejor posible el trabajo para el que ha sido contratado, pero no tenga más motivación inicial que su efímera incorporación al mercado labo-

ral y la posibilidad incierta de participar en una experiencia más o menos grata.

La experiencia nos ha enseñado que la tarea educativa de un monitor o de una monitora, en un campamento, crece como la levadura cuando su vínculo con el grupo para el que desarrolla tan noble labor es algo más que contractual o económico.

Los proyectos, las asociaciones, los grupos, nacen en torno a una idea común, no por el capricho institucional, cuya tarea debería limitarse a desplegar todos los medios posibles para que esos grupos ya existentes pudiesen desarrollar mejor sus objetivos.

Qué elementos hacen de un campamento una experiencia educativa, más allá de la convivencia

Ya hemos hablado de la importancia intrínseca que, en lo educativo, tiene cualquier actividad convivencial, pero somos más ambiciosos y, sobre todo, estamos convencidos de que la propia convivencia abre un sinfín de posibilidades con las que dar un mayor lustre al campamento del que hablamos. Y para empezar bien (“lo que bien empieza bien acaba”, decían nuestros mayores), empecemos por tener en cuenta que toda programación de actividades, también la de un campamento, debe dar respuesta a las siguientes preguntas:

¿Por qué se quiere hacer? Donde abordamos los antecedentes, el origen y la fundamentación por los que creemos necesaria esa actividad.

¿Qué se quiere hacer? La actividad en sí. Descripción y naturaleza del proyecto. A quién va dirigido.

¿Para qué se quiere hacer? Objetivos que nos marcamos.

¿Cómo se quiere hacer? Metodología de trabajo.

¿Con qué se quiere hacer? Recursos materiales con los que queremos acometer la actividad. Presupuestos.

¿Con quién se quiere hacer? Recursos humanos que necesitamos. Contrataciones.

¿Cuánto se quiere hacer? Metas que nos trazamos. Sistemas de evaluación y análisis que utilizaremos después de la actividad.

Y las más domésticas: *¿Cuándo?* Temporalización, fechas. *¿Dónde?* Lugar o lugares donde se pretende desarrollar el proyecto.

De todas estas preguntas que nos hacemos para acometer cualquier proyecto, es la metodología un capítulo al que otorgamos capital importancia, y es en el que queremos detenernos, por cuanto entendemos que es el factor más diferenciador a la hora de acometer un campamento. Para ello es necesario dotarla de aquellos elementos que nos permitan alcanzar el mayor número de objetivos que nos trazamos cuando diseñamos y realizamos una actividad. Algunos de estos elementos que nosotros consideramos fundamentales, y para los que el ámbito campamental facilita claramente la tarea frente a otros marcos, son:

La Palabra. El primero de los recursos, porque estamos convencidos de que emprender una labor educativa supone antes que nada transmitir una serie

de valores. Proponemos una palabra discrepante, lejos de adoctrinamientos o servilismos, una palabra para disentir, para abrir las puertas a la imaginación, no para cerrarlas, para estimular, en fin, la conversación frente al monólogo, otorgando el mismo valor a la del educando que a la del educador, pues ambos se encuentran inmersos en una actividad excepcional, mutuamente enriquecedora, a la que invita el marco campamental.

Dialogando, escuchando, permitiendo que a través de la palabra se regulen los conflictos, se internalicen las normas para la convivencia, se intercambie, es como damos la mejor de las funciones a tan valiosa herramienta. Poniendo palabras a los afectos, a las emociones. Poniendo palabras allí donde a veces sólo hay agresión como práctica educativa. Sabemos que es más cansado, que exige más tiempo, temple, pero de nada serviría una tarea educativa sujeta en el hacer por el hacer, en el predominio de lo imaginario sobre lo simbólico.

El Juego. Tanto si son matemáticas como si es la interiorización del esquema corporal, usar un juego nos conduce en línea recta a que nuestros adolescentes aprendan lo que les queremos enseñar. Por tanto, es jugando como podemos estar todo el tiempo transmitiendo e intercambiando aprendizajes, sin olvidar otras funciones de desfogue, funcionales (de desarrollo de áreas motóricas...), de creación y sociales. Es a través del Juego como más fácilmente conseguimos reclamar su atención, convocarle a un sitio y a una hora concretas, que mantenga un mínimo aseo personal u orden en el espacio que comparte con otros.

A veces, a un chico o chica, le cuesta horas de estudio aprender una lista de mamíferos o de ríos o la tabla de multiplicar, sin embargo comprobamos cada año que, al final del campamento, es capaz de llevarse aprendidas las letras inventadas de cinco a diez canciones, nuevas para él, que nadie le impuso, sólo de escucharlas unas cuantas veces.

El Grupo. Allí donde se gestan la mayoría de las acciones educativas, las más de las veces incluso sin la intervención del monitor/a. Del pequeño grupo (tienda de campaña, cabaña) al gran grupo (aquellos momentos mágicos en el que todos se ven las caras, como un fuego de campamento) pasando por los grupos de edad (con sus programas específicos), en todos ellos tienen cabida equilibrada las distintas actividades o reuniones que realiza el acampado y la acampada desde que llega, reconociendo la misma importancia a todos los aspectos de los que aquí hemos hablado. Impresiona ver, cuando en una asamblea están sentados todos los grupos, cómo los más pequeños absorben cada gesto, cada canción, cada parodia de los más mayores, haciendo bueno el adagio que dice: “el mejor maestro de un niño es otro niño”. Participar en un grupo supone intercambiar ideas, gestos, expresiones, bromas, reflexiones...

Las Reuniones: Suponen un alto en el camino, el mejor momento para aprender a ser operativos, para tomar decisiones, para escuchar y ser escuchado, para sentirse parte del grupo, tripulación en vez de pasaje. Por eso es importante no malgastar este recurso con sesiones interminables o innecesarias, apostar por la calidad frente a la cantidad.

De entre estas reuniones, creemos imprescindible aquella que, una vez al día, a ser posible cuando la jornada toca a su fin, reúne a todo el campamento en torno a la palabra, donde hacer balance del día y poder expresar nuestra opinión, nuestra alegría, nuestra satisfacción. O por el contrario, nuestra críti-

ca o descontento, como aquella costumbre del educador francés Celèstin Freinet al final de sus clases, cuando proponía a sus alumnos que manifestaran sus críticas, sus propuestas y sus felicitaciones.

Las Actividades Especiales. No podemos olvidar que cada grupo tiene su “DNI”, sus características especiales e intransferibles, aquellas que va mostrando cada día, es por ello que debemos estar muy atentos al rumbo que marca su orgánica condición. Por ello, por esa naturaleza cambiante, en ocasiones es preciso cambiar parte del programa que habíamos planteado con actividades especiales, nacidas de la reflexión a la que nos obligó esa especificidad del grupo. Estas modificaciones también pueden venir dadas, por agentes externos al grupo (climatología, carencias en la instalación, etc.). En este sentido, creemos que los programas de actividades están al servicio de cada grupo, y no al revés.

La Memoria. Es el legado donde dejamos constancia de todas las aportaciones de quienes participaron en un campamento. A pesar de que, desde hace años, la estadística nos indica que sólo en torno al 40 % de participantes repite en un mismo campamento, no podemos tirar a la basura todo ese acervo que va conformando las señas de identidad grupal de las que antes hablábamos. Nos van a ser de gran utilidad para ayudar a ese otro 60 % que se incorporará por primera vez en la siguiente actividad, es la primera cuerda que le tendemos al novato para integrarse con rapidez. A su vez, creemos que la continuidad de un colectivo, una entidad, depende de cómo van calando sus propuestas a lo largo de su historia, por eso es de capital importancia y de suma utilidad recogerlo en una memoria.

Al aire libre

Un campamento al aire libre invita a voces a usar de la tan manoseada enseñanza globalizada. En un espacio más o menos reducido, en permanente compañía, recibiendo un sinfín de estímulos excepcionales, en un clima sano y afectuoso de permanente diversión ¿cómo separar lo cognitivo de lo afectivo? ¿Cómo no aprovechar para incorporar simultáneamente todos aquellos conocimientos que en otros ámbitos educativos son servidos por separado? Y mejor aún: carecemos de la tiranía de una materia o un programa “que hay que impartir” en determinado tiempo. No hay aprobados ni suspensos. Lejos de nuestro ámbito familiar y social, en el campamento sólo nos diferencian nuestras propias personalidades. Todo parece apuntar a una oportunidad única de crecer en todo lo que nos diferencia de otras enseñanzas regladas, de escarbar en aquello para lo que no están preparadas las escuelas y colegios de invierno, por falta de tiempo, de recursos...o de ganas: el compañerismo, la solidaridad, las buenas maneras en la mesa, los correctos hábitos higiénicos y de salud, las ventajas de la cordialidad y la amabilidad, la sociabilidad, la tolerancia con las diferencias del otro o el respeto también se pueden aprender. Y lo que es mejor, se pueden aprender a la vez que mostramos la Osa Mayor, enseñamos a hacer el nudo de los zapatos, a nadar, a distinguir un petirrojo de una lavandera, un castaño de un roble, o por qué se produce la tormenta que en ese momento empapa nuestra tienda de campaña.

En un grupo abierto y orgánico, en permanente debate, es el momento de revisar prejuicios, vicios atávicos sobre los roles del educando y el educador. Es el cobijo ideal para las permanentes transformaciones pedagógicas. Por todo ello nos gusta, más que nunca, llamar educativos a los campamentos.

La responsabilidad de los jóvenes monitores

Es notable el interés por mejorar la formación de monitores y monitoras de actividades en el tiempo libre que se han tomado las administraciones de las distintas Comunidades Autónomas a lo largo de los últimos años, pero nos consta que cada vez hay más centros, asociaciones y empresas autorizadas para impartir la parte teórica de los cursos a través de los cuales se obtiene la titulación requerida, y menos de los mismos donde poder realizar la parte práctica, lo que deja a una pléyade de jóvenes con el curso "a medias" -sólo lo completan cuando un coordinador o director de actividades de tiempo libre les firma las prácticas después de participar en alguna de las actividades autorizadas, sobre todo campamentos-, buscando desesperados donde poder desarrollar la parte práctica y completar el curso. Creemos que ese desamparo podría corregirse si quienes imparten la parte teórica asumieran una mayor responsabilidad en la parte práctica de los cursos.

Aun considerando los temarios que se imparten en las distintas Comunidades Autónomas bastante completos, la experiencia nos dicta, como casi en todas las profesiones, que es con la práctica como más se aprende y, como indicábamos anteriormente, si hay otros vínculos además del contractual o laboral con el proyecto en el que se participa, la tarea se torna más grata y por añadidura más eficaz.

De entre todos los recursos que niños y niñas, adolescentes o jóvenes valoran después de un campamento -cuando el grupo que lo gobernó alcanzó sus objetivos-, es a sus monitores y monitoras a quien dedica sus mayores elogios, por muy sofisticados o espectaculares que fueran los otros recursos, los materiales, que pasan a un segundo plano si aquellos desplegaron todos sus conocimientos y, sobre todo, crearon el clima afectivo y la empatía grupal suficientes.

Ese clima de afecto y empatía, del que también necesitan los/as monitores/as para poder transmitirlos, no es fácil conseguirlo si estos se ven por primera vez al comienzo de la actividad. No podemos olvidar que hablamos de jóvenes de 18 años en adelante, una edad en la que, habitualmente, no están acostumbrados a asumir demasiadas responsabilidades, sus mayores aportaciones son el entusiasmo y la energía, pero también necesitan del clima propicio para desplegarlos.

Son muchas las líneas que se han escrito acerca del perfil ideal de un/a monitor/a de actividades de tiempo libre, creemos que no es necesario abundar más en ello, pero sí queremos incluir aquí algunos aspectos que en nuestro grupo consideramos importantes, es nuestro particular libro de estilo, algunas recomendaciones que ponemos a disposición de todos aquellos que trabajan con nosotros por primera vez. Forman parte de nuestras señas de identidad, de nuestra manera de entender la tarea del monitor/a, la suma de aportaciones de muchas experiencias anteriores. No son tanto un catecismo de obligado cumplimiento si no más bien una guía de recomendable lectura:

"Para la realización de sus actividades y la consecución de objetivos que se traza, nuestra escuela despliega un modo de actuar, una metodología, que es la suma de aquellos principios que inspiraron su creación y la acumulación de aportaciones de todos los que desarrollaron una tarea educativa en ella y dejaron, inevitablemente, un poso, un eco que va transmitiéndose de generación en generación.

Nuestra metodología pretende distanciarnos de aquellas convocatorias similares que conciben los campamentos como meros “aparcaderos” de niños, y lo hace, sobre todo, a través del estilo, para lo que desde el principio, la escuela propuso una serie de recomendaciones de obligada lectura, recogidas en lo que hemos dado en llamar así, “Libro de Estilo”:

- Respetando estilos personales, conviene mantener algunas actitudes, usos y maneras en común por parte de todos los que transmitimos una acción cultural en la Factoría de Acción Cultural.

- Los chicos son los auténticos protagonistas. Ceder, guardar silencio, observarles, ser espectadores, aprendernos sus gestos, aplaudirles, animarles. Somos espectadores y guías, no actores.

- Los adolescentes son acampados. Mimo, pero exigencia. Cariño, pero respeto. Tolerancia y firmeza en los límites. Escucha y diálogo, pero mucha motivación. Preparemos un estilo de futuro, un aprender rebelde y radicalmente divertido.

- En el trato, dirigirse a cada uno por su nombre, y desde los primeros días, si se puede. Es en los primeros momentos cuando más hace falta.

- En el vocabulario, en nuestras palabras, las que luego son como un eco en sus bocas, ahí habla nuestro estilo.

- Si la palabra convence, el ejemplo arrastra. Difícilmente podemos inculcar entusiasmo por la lectura si nunca leemos, o respeto al medio ambiente si tiramos colillas al suelo, u orden en la tienda de campaña junto al caos en la nuestra. Y así todo o casi todo.

- Cien ojos son pocos en la playa, en la carretera, en la tirolina... De mostrar una actitud expectante y sin histerismos, tranquila pero al acecho, a una actitud descuidada, de vacaciones, ensimismada con el mar o el paisaje, media un abismo, en estilo... y en riesgos.

- Sin autoritarismo, menosprecio, injerencias en su intimidad, amenazas, conservemos hasta el final el capital infinito de autoridad que nos otorgan. No lo malgastemos con voces, violencia o castigos. Usemos con agotadora paciencia de la palabra.

- Detalles mínimos, como llegar un poco tarde, no madrugar o comer antes que ellos, son observados con lupa. Y juzgados.

- Alejémonos con prudencia, busquemos el momento oportuno, lejos de las miradas, para hacer aquello que discretamente ha de pasar inadvertido para los acampados, incluidas las conversaciones personales entre nosotros.

- Cumplir horarios. Ser generosos en la entrega y prudentes en el sobreesfuerzo.

- Antes y después, cuantos debates y discrepancias sean necesarios, durante la actividad es uso conveniente respetar las decisiones del Director y actuar como una piña junto a él como último responsable de que la partitura que escribimos entre todos no suene desafinada.

- Aportemos nuestro estilo individual al conjunto. Revisemos y cuestionemos nuestros prejuicios.

- Si el estilo diferencia, que gradualmente nos diferenciamos de otros colectivos... por el estilo.”

Nos gusta recordar a los/as monitores/as más jóvenes que para los /as chicos/as, en casi todas las ocasiones, son “*supermanes*”, pero deben tener muy presente que no lo son, que también se hayan inmersos en su personal crecimiento, en el que está presente el intercambio y la aportación de todos, grandes o pequeños.

Estas recomendaciones abundan en la idea que preside nuestra concepción de la relación entre educando y educador, no sólo en los campamentos, sino en cualquier acción educativa, donde la honestidad del educador y el respeto por el educando deben establecer un vínculo de partida propicio para el aprendizaje pero también para la vivencia de una experiencia feliz, donde ambos se vean recompensados y gratificados.

Finalmente, volvemos a comprobar cuan difícil es ponerle letra a los sentimientos que circulan a lo largo de un campamento, a las pulsiones que se agitan en cada rincón, a todas las vivencias de las que son protagonistas todos y cada uno de los que participan en él. Hay tantos campamentos en un sólo campamento como participantes hay en él, tantos prismas y perspectivas como ojos que lo contemplan.

La recompensa de todos/as los que nos dedicamos a organizar campamentos es comprobar que quien pasó por ellos vivió una experiencia feliz y se llevó en la mochila un montón de nuevas cosas aprendidas.

Y la creencia de que aprendiendo se puede ser feliz, pero la certeza de que es más fácil aprender siendo feliz.

BIBLIOGRAFÍA:

Ander-Egg, Ezequiel (1983). “Metodología y Práctica de la Animación Sociocultural” Publicaciones del Instituto Ciencias Sociales Aplicadas.

Faure, Gérard y Lascar, Serge (1981). “El Juego Dramático en la Escuela” Editorial Cincel.

Freire, Paulo (1969). “La educación como práctica de la libertad”. Siglo XXI de España Editores, S.A. Madrid

Lederach, John Paul (1983). “Educar para la paz” Editorial Fontamara.

Mellado Santamaría, J.L. y Martín Adúriz, F. (1992). “Campamentos Educativos. Ciudad del Nhorde. Ideas y Propuestas” Fac. Nhorde.

